

El Trabajo

El Definidor central del Ser Humano

Antònia CERDÀ Fiol

Universidad de las Illes Balears

Introducción

El trabajo sigue siendo el definidor por antonomasia del ser humano. Mi propósito es demostrar el papel articulador del trabajo respecto a la vida social y como esta centralidad se ha ido construyendo históricamente; es decir, analizar el papel cambiante del trabajo y su situación actual. Aunque su papel viene siendo capital, varía en el transcurso de la historia; esto es así porque su centralidad depende de las relaciones sociales de producción y éstas se van transformando.

No hace mucho tiempo que nuestras sociedades están tan intensamente basadas en el trabajo: se ha convertido en el principal medio de subsistencia individual y se ha constituido en una relación de carácter fundamental, es la relación social por excelencia, es una relación social total.

A menudo se da por hecho que la concepción actual del trabajo se instituye en una categoría que ha permanecido invariable durante la historia hasta llegar intacta a nuestros días. Pero la noción de trabajo ha sufrido una importante evolución¹ porque el hombre

¹No utilizo el concepto “evolución” en referencia a una evolución de la historia unilineal, como si ahora estuviéramos en la cima de dicho proceso. Difiero del marxismo vulgar y del evolucionismo cultural de Morgan en *Ancient Society*, surgido, según Llobera (1980), después de la Segunda Internacional, que asociaba las ideas de Marx y Morgan “la tendencia a asociar al marxismo con un sistema cerrado y dogmático por una parte y por otra la reducción de la concepción de la historia en Marx en un determinismo tecno-económico y un evolucionismo unilineal, actitudes ambas incurridas desde la Segunda Internacional, llegaron a su paroxismo con la formación del marxismo soviético” (Llobera, 1980: 98)

produce la historia a través de la transformación de la naturaleza y, con ello, sus relaciones con ella². La idea de trabajo que tenían las sociedades pre-capitalistas, sociedades primitivas³ o de los antiguos griegos y romanos, difieren de la nuestra, precisamente, porque en ellas no se concebía la transformación de la naturaleza: tal reconocimiento suponía aparentemente una blasfemia. Las sociedades pre-capitalistas son un ejemplo de sociedades no estructuradas por el trabajo en su acepción capitalista y, por eso mismo, los conceptos centrales que explicaban éstas sociedades difieren de la percepción que tiene la sociedad contemporánea actual. En el mundo capitalista contemporáneo el concepto de trabajo es una categoría homogénea que asociamos a conceptos de esfuerzo, satisfacción de necesidades, producción-transformación, artificio, intercambio o remuneración. De hecho, en las sociedades no-capitalistas no se encuentra un significado unívoco del término “trabajo”.

En nuestra sociedad el trabajo es el medio para obtener lo que necesitamos para sustentarnos a partir de la venta de tiempo y de esfuerzo personal, a cambio de una remuneración monetaria o monetizable. Aunque, culturalmente, el trabajo trasciende su carácter técnico y su función en las relaciones de producción para ir más allá de ser un simple medio y ser mitificado. El análisis crítico-reflexivo desde la filosofía, desde otro ámbito no meramente económico-reduccionista-neoliberal, es una necesidad ya que el trabajo no debería reducirse a ser tratado como un concepto *de y para* la economía porque su implicación va mucho más allá.

Dado que la configuración del sistema capitalista se basa en la acumulación del capital, es decir, a su vez trabajo acumulado, ya desde el principio el trabajo queda sometido a la lógica de la eficacia y de la rentabilidad, convirtiéndose en un simple medio y en una mercancía más. El capitalismo necesita del trabajo para su reproducción, pero quien realiza el trabajo es el trabajador; un trabajador alienado, ya que la relación capital-trabajo requiere de esa alienación para su supervivencia. Por eso, muchos autores defienden que la crisis del capitalismo actual podría ser llamada la crisis del trabajo. Precisamente porque el Capital es una relación social que conlleva la expropiación, del hacer, del trabajo y de la vida de otros a partir de la apropiación de los medios de producción sociales. Por eso mismo, el Trabajo es la parte humana expropiada que resulta alienada en todos los aspectos de su vida. El capitalismo no es simplemente un sistema económico, desigual e injusto, sino un sistema marcado por contradicciones internas⁴ porque se basa en la propiedad privada y la apropiación masiva de trabajo no pagado⁵ bajo la forma de plusvalía⁶, es también un sistema de dominación.

² Véase cita completa: “el hombre tiene historia porque transforma la naturaleza. Y asimismo, la naturaleza propia del hombre consiste en tener tal capacidad” (Godelier, 1989: 17), “(...) la más profunda de su capacidad de transformar sus relaciones con la naturaleza, transformando la misma naturaleza” (Godelier, 1989: 18)

³ El uso que hago del término primitivo es literal: sociedad más temprana o antigua, primigenia, originaria. Por tanto, se omiten todas las consideraciones negativas atribuidas al término.

⁴ El Capital necesita producir plusvalía relativa y convertirla en ganancia, está última depende, de la apropiación de la plusvalía a través de la fuerza de trabajo y de los gastos hechos en inversión y producción (salario, materias primas...). La composición en valor del capital resta ganancia a la plusvalía apropiada por el capitalista.

⁵ Como decía Dalla Costa, “el trabajo no pagado de las mujeres en el hogar fue el pilar sobre el cual se construyó la explotación de los trabajadores asalariados, “la esclavitud del salario”, así como también ha sido el secreto de su productividad” (1972: 31)

⁶ El factor humano es el único capaz de generar plusvalía, es decir, el valor de más que crean con su trabajo, a través de la producción. Pero ese valor de más recae en los capitalistas quienes compran su trabajo a cambio de un salario que no se paga en relación al valor que generan los seres humanos sino es el precio que tienen como fuerza de trabajo (mercancía) en el mercado laboral. El capitalista compra fuerza de trabajo y medios de producción.

No obstante, el trabajo no es sólo una variable económica aplicada en la teoría del valor, y cuya función es solamente la de factor de producción; tampoco puede reducirse a su definición como gasto de la fuerza física y mental. El mundo del trabajo es un espacio central de formación de identidades y sigue siendo un estructurador fundamental de la vida y el tiempo cotidiano. Por eso, el trabajo sigue estando inmerso en nuestro discurso.

Nadie puede afirmar que no esté en nuestra agenda como un grave asunto que acapara nuestra atención. Estamos inquietos por él y si algún funeral se anuncia no es precisamente el del trabajo. Eso no quiere decir que goce de buena salud, más bien parece lo contrario. Uno de los síntomas que lo aquejan es que algo que tanto nos preocupa padezca una alarmante inconsistencia y debilidad si lo consideramos en sí mismo. Cuando lo cogemos, cuando lo apretamos, se nos deshace en la mano. (...) (Díez, 2014: 11)

El trabajo no ha llegado a su fin sino que emergen complejas relaciones en el mundo laboral, aunque estén marcadas por formas de alienación. De hecho, aquí está presente la dimensión dual y contradictoria del mundo del trabajo, “que crea, pero también subordina, humaniza y degrada, libera y esclaviza, emancipa y aliena (...)” (Antunes, 2006:2)

El desafío de nuestra época es dar sentido al trabajo y fuera del trabajo, ya que hoy más que nunca se evidencia la superposición de tiempo de vida y tiempo de trabajo.

El cambio del trabajo desde la crisis

En los últimos años⁷, el desempleo estructural ha evidenciado la crisis sistémica y la contradicción inherente del sistema capitalista. En el capitalismo avanzado cada vez se hace más difícil la vinculación entre capitalismo y salarización⁸, una relación que es inherente al modo de producción capitalista. El incremento de la maquinaria en relación a la mano de obra ha sido el responsable de la informatización de los procesos productivos, lo que dificulta la relación entre capitalismo y salarización. Se calcula que en el 2010 este desempleo se situó en 61,1 %⁹. Las cifras de parados mundiales rondaban los 210 millones ese año y, sin embargo, en esta cifra se deben añadir los que formaban parte de la economía informal: más de 40 millones de desempleados en los países desarrollados. De este número Europa cuenta con más de 20 millones; en Japón, que representa la segunda más poderosa economía del mundo, crece peligrosamente el desempleo. Más allá del desempleo estructural, en franca expansión, se amplían y esparcen por todo el mundo los trabajadores/as inmigrantes (*gasterbeiters* en Alemania, *lavoro nero* en Italia, *los chicanos* en EUA, los *desakeseguis* en Japón), configurando un cuadro enorme de explotación a escala global. La relación empleo-población va disminuyendo ya que el empleo va agotándose como principal elemento de integración, de identificación y de fidelización de las nuevas generaciones y, del mismo modo, tampoco supone ya una garantía del Bienestar. Por eso, todos los discursos dominantes del trabajo están enfocados a defender la idea de un trabajador no-asalariado, a su vez diferenciado y segmentado, el autónomo, el emprendedor, el informal, etc. “Al contrario de un *adiós al proletariado*, tenemos un amplio abanico de agrupamientos y segmentos que componen la *clase-que-vive-del-trabajo*” (Antunes, 2000: 84).¹⁰

⁷ Concretamente desde la crisis económica en el 2007.

⁸ Idea de Andrés Piqueras (2014)

⁹ Según los datos de la Organización Internacional del Trabajo (datos y fuentes).

¹⁰ En los países avanzados hubo una *desproletarización* del trabajo industrial y fabril, es decir, una

En el 2006 el “efecto reemplazo” (del trabajo manual por las computadoras) contribuyó al fin del empleo seguro en los países del capitalismo avanzado. La consecuencia fue la polarización en el mercado laboral: salarios muy altos que requerían muy altas cualificaciones y salarios muy bajos para una mano de obra cualificada. Todo ello contribuye a impedir que se generen suficientes empleos y salarios adecuados para mantener una robusta demanda final. La alta generación de clases medias en los países del capitalismo avanzado declina, entonces, porque han dejado de existir las condiciones que lo posibilitaron: “trabajos seguros y salarios decentes” (Rabilotta, 2011).

Las nuevas condiciones de la organización social del trabajo se centran en la temporalidad y la flexibilidad laboral y las consecuencias que padece el trabajador son la inestabilidad y la fragmentación. Las transformaciones políticas y económicas del capitalismo en su última fase de expansión enfatizan la apropiación masiva de trabajo no pagado; por un lado, la clase asalariada sufre una extensión e intensificación del trabajo; el asalariado que tiene trabajo hace más horas no pagadas y con una mayor carga de trabajo en el tiempo establecido. Todo ello con unas políticas que han trabajado en esta dirección, imponiendo reajustes, reformas laborales de todo tipo (sobre todo para conseguir la flexibilidad laboral), privilegios hacia los detentadores de capital (en forma de reformas fiscales e incentivos varios), privatizaciones y desregulaciones. Por otro lado, los falsos autónomos que trabajan para otros haciéndose ellos mismos responsables de sus propios gastos, como el seguro, sus herramientas, su vehículo, con el agravante de que muchos de ellos no cobran hasta que el trabajo ha finalizado¹¹, sin tener en cuenta el tiempo invertido en el trabajo. La crisis¹² del 2007 agrava la situación, con la creciente oleada de paro, millones de personas se ven afectadas: ven como no pueden obtener una renta monetaria y tienen dificultad para encontrar una situación de recambio. Las ideas laborales van siempre enfocadas en la misma dirección: convertir a la población asalariada en mano de obra más barata y más adaptable a la voluntad de sus patronos.

(...) Hay que tener en cuenta que asistimos a ese *impasse*, mientras se produce el declive del neoliberalismo financiero (en el que siempre han pervivido restos del keynesianismo) y no termina de coagularse ningún modelo nuevo que lo sustituya, a una profunda reestructuración de la dominación de clase y paralela concentración de poder entre las élites dominantes a escala transnacional. De acuerdo todo ello con la conjunción y combinación de formas “cognitivas”, tyloristas-fordistas, pretyloristas y neotyloristas de explotación, coincidentes a su vez con una nueva dimensión de las relaciones laborales tendente hacia la privatización, una gestión de la fuerza de trabajo que prioriza el autodisciplinamiento y la “empleabilidad” (sustituyéndose el “derecho al empleo” por la gestión individual de la supervivencia), y una forma de consumo de la mano de obra que pivota cada vez más en torno a la sobre-explotación y la autoexplotación (“autónomos, emprendedores, *freelance*...”) (Piqueras, 2015: 53)

disminución de la clase obrera industrial tradicional. Mientras se daba una *subproletarización* del trabajo, consecuencia de las formas diversas del trabajo parcial, precario, tercerizado, subcontratado, vinculado a la economía informal, al sector servicios, etc. Lo que se comprobó una significativa *heterogeneización, complejización y fragmentación* del trabajo (Antunes, 2000).

¹¹ O incluso, hasta que no hay beneficios reales.

¹² “La crisis afecta fuerte también el universo de la consciencia, de la subjetividad de los trabajadores, de sus formas de representación, de las cuales los sindicatos son una expresión” (Antunes, 2000: 85)

El tiempo del fordismo (tan bien y profundamente sintetizado en la película de Charles Chaplin *Tiempos Modernos*) ya no es percibido como algo que esclaviza dado que el hombre tiene que ponerse a su merced; en nuestros días el tiempo es flexible y, como si de algo positivo se tratara, se convierte en un sistema de control¹³.

No existe una diferencia palpable entre tiempo de trabajo y tiempo de no trabajo. Las nuevas tecnologías ayudan a perfilar un nuevo espacio del trabajo que inunda y substituye el “tiempo de vida”.

Emergen nuevos procesos de trabajo, donde el cronómetro y la producción en serie son sustituidos por la flexibilización de la producción, por nuevos patrones de búsqueda de productividad y por nuevas formas de adecuación de la producción a la lógica del mercado. Se ensayan modalidades de desconcentración industrial, se procuran patrones de gestión de la fuerza de trabajo, de los cuales los procesos de “calidad total” son expresiones visibles no sólo en el mundo japonés, sino también en varios países del capitalismo avanzado y del tercer mundo industrializado. El “toyotismo” penetra, se mezcla o inclusive sustituye, en varias partes el padrón taylorismo-fordismo.

Se presencian formas transitorias de producción, cuyos desdoblamientos son también agudos, en lo referente a los derechos del trabajo. Estas son desregulaciones, flexibilizaciones, para dotar al capital el instrumento necesario para adecuarse a su nueva fase. (Antunes, 2000: 84-85)

El tiempo flexible se convierte en una herramienta de control y sumisión tanto para la clase asalariada como para la clase no-asalariada, como los autónomos¹⁴. El tiempo flexible implica disponibilidad constante para pasar de un empleo a otro y, en consecuencia, el trabajador no puede organizar su vida a largo plazo. El capitalismo global va allá donde puede tener una mano de obra barata desplazando los lugares de trabajo. Es más, la nueva flexibilidad implica el desarrollo de nuevas habilidades constantes, la nueva economía global rompe con el ideal artesano; la habilidad del aprendizaje de una cosa bien hecha carece de sentido socializador. La nueva cultura del trabajo se centra en la idea de la meritocracia pero solo aparentemente.

Mediante los discursos del trabajo flexible, la clase asalariada y no-asalariada deben adaptarse a las nuevas condiciones laborales: temporalidad, flexibilidad y precariedad. No obstante, no son asumidas de la misma manera. La percepción del autónomo es que se encuentra en una posición mejor en relación a la clase asalariada gracias a la creencia de que posee una mayor independencia. Pero, en la práctica, actúa y vive como la clase asalariada, precisamente, porque el autónomo -o mejor dicho el falso autónomo- está en las manos de otro autónomo o jefe de la empresa que es quién le marca el horario y las tareas; el hecho de ser autónomo hoy en día no implica la posesión de los medios de producción. Por eso mismo;

El trabajo que se debe investigar, por tanto, la sociología del trabajo es el conjunto de *trabajos* que, tras la división del trabajo, contribuyen a diseñar, fabricar y vender un producto, sea material o inmaterial. Ya sea asalariado o no; subcontratado o no, formal o informal; pagado o no pagado, etc. Y con ello en todas las dimensiones que un enfoque sociológico, muy influido por la ergonomía, la etnografía y la historia, implicaban. (Castillo, 2015: 23)

¹³ Utiliza la palabra control en el sentido de vigilancia y fiscalización.

¹⁴ Hemos de subrayar y constatar que la figura de autónomo en estos últimos años ha cambiado: si diez años atrás un autónomo o pequeño propietario era una persona que tenía capital para poder adquirir los medios de producción, hoy en día no es así. El hecho de ser autónomo no implica que se tengan los medios de producción sino que en la práctica funciona como un asalariado sin las prestaciones de éste; es lo que suele llamarse “falso autónomo”. Además el autónomo no vende su fuerza de trabajo sino su trabajo, por eso, muchas veces no tiene ninguna remuneración hasta que el trabajo ha terminado.

En definitiva, el trabajo actual tiene un componente nuevo y éste es la tendencia creciente a la *gratuidad*. Tanto la clase asalariada como el falso autónomo viven y sufren diariamente el nuevo fenómeno. Maticemos: el capitalismo es un sistema económico que se caracteriza por la apropiación masiva de trabajo no pagado bajo la forma de plusvalía, por tanto, no es un fenómeno nuevo del sistema capitalista propiamente dicho. La novedad del fenómeno reside en las formas, tanto de la apropiación del trabajo no pagado como de la percepción que las personas tienen de tal hecho.

La percepción hacia el trabajo

Aunque el trabajo se “deshace en la mano”, hemos de analizar qué consideración se tiene de él en el discurso, porque los hombres no hacen siempre lo que dicen ni dicen siempre lo que hacen: el imaginario se halla inmerso en lo social; por eso, el trabajo muchas veces es situado en un *status* que no se corresponde con el de su realidad relacional. De hecho es el imaginario, los elementos ideales que actúan en las relaciones sociales los que permiten el consentimiento y, así la legitimación de muchas relaciones entre dominantes y dominados. Además, solamente aumentando la capacidad de interpretación de la realidad se puede contribuir a facilitar la intervención sobre ella.

Las nuevas condiciones alteran las formas de consciencia posible, eliminando el imaginario antagonista. Frente a este escenario crece una paradoja: la verificación de una profunda derrota de la clase obrera junto con una fortísima visibilidad de la lucha de clases. La fortaleza del capitalismo reposa en su alta capacidad para trasladar a los trabajadores el peso de la crisis. Esto es así porque el nuevo modelo de acumulación reestructura las relaciones de poder entre los dominantes, así como, también las relaciones entre dominados y dominantes (Piqueras, 2008). Esto implica que la mitigación de los costes y efectos de la crisis se descarguen cada vez más en la clase trabajadora. Además, la crisis de sobreproducción lleva a la acumulación por desposesión, que implica los modos de vida y de trabajo nacionales y locales (Harvey, 2007). La crisis actual representa una fase de la lucha de clases en la que a los trabajadores les ha tocado la peor parte; justamente porque no es una crisis terminal¹⁵, sino un largo y particularmente violento período del reajuste del dominio capitalista. Y en este reajuste del dominio capitalista la clase trabajadora pierde su consciencia de clase, que no implica la negación de la lucha de clases. Detengámonos en la definición de clase:

Una clase es esencialmente una relación; y en el sentido que Marx le da, una clase ha de entenderse en estrecha relación con el concepto, fundamental en él, de « relaciones de producción», es decir: las relaciones sociales que entablan los hombres en el proceso de producción, que hallan expresión jurídica, en un grado considerable, como relaciones de propiedad o como relaciones de trabajo, sean las que sean en un determinado momento, son controladas por un grupo concreto (cuando, como ocurre en la mayoría de los momentos, hay una propiedad privada en los medios de producción), tenemos una «sociedad de clases», definiéndose las clases según su relación con los medios y el trabajo de producción y las que mantienen entre sí. (De Ste Croix, 1988: 48)

¹⁵ No podemos hablar de una crisis terminal, pero sí de una crisis general de valoración, aunque no haya un sistema económico alternativo (Márquez, 2010) lo que podemos afirmar es que se avecina un nuevo capitalismo.

Por tanto, una clase es la manera en que se encarna la explotación en una estructura social, es decir, la apropiación de parte del producto del trabajo ajeno, es decir, la plusvalía. Además, una clase es un grupo de personas de una comunidad que se identifica por su posición en el sistema global de producción social, definida según sus relaciones y condiciones de producción en relación a otras clases. (De Ste Croix, 1988) Pero, no todos los individuos pertenecen a una sola clase, algunos son miembros para unas cosas y otros para otras, la pertenencia a una será lo más significativo.

En palabras de Marx en su obra *El dieciocho de Brumario de Luís Bonaparte* escrita entre 1851 y 1852 dice;

Los campesinos parcelarios forman una masa inmensa, cuyos individuos viven en idéntica situación, pero sin que entre ellos existan muchas relaciones. Su modo de producción los aísla a unos de otros, en vez de establecer relaciones mutuas entre ellos (...). Su campo de producción, la parcela, no admite en su cultivo división alguna de trabajo ni aplicación ninguna de métodos científicos (...). En la medida que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su modo de vivir, sus intereses y su cultura de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil, aquéllas forman una clase. Por cuanto existe entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, no forman una clase. Son por tanto, incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre. (Marx, 1851-1852: 144-145)

Para Marx la clase necesita tener unos intereses colectivos y tiene que contraponerse a otra clase social. Debemos tener en cuenta que el objetivo de Marx en última instancia era el cambio político, la transformación social. Sin embargo, en esta cita Marx demuestra una relación dialéctica en el concepto de clase social. Una dimensión objetiva y una dimensión subjetiva. Analizando la cita, Marx nos dice que podemos definir una clase porque tiene unas características semejantes y que si sustituimos dichas características por otras quedará fuera de la definición. No obstante, Marx espera que una clase («en sí») cumpla la segunda condición, es decir, tenga consciencia de clase, para llevar a cabo la transformación social y política. Pero, no por ello, se puede negar la dimensión objetiva, puede existir una clase sin haber desarrollado una consciencia de clase. De hecho, Marx afirma que “la burguesía alemana se halla ya en conflicto con el proletariado aun antes de haberse constituido políticamente como clase” (MECW, VI. 1975: 332).

La definición objetiva de clase de Marx citada en el prólogo de *la Contribución a la crítica de la economía política* dice:

En la producción social de su vida los hombres establecen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una fase de desarrollo de sus fuerzas productivas. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de consciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social política y espiritual en general. No es la consciencia del hombre quien determina su ser, por el contrario, el ser social es lo que determina su consciencia. (Marx, 1859)

Por tanto, es el proceso productivo que condiciona y determina la clase social. La consciencia de clase se derivará de su situación objetiva. Y la situación objetiva es que existe una clase social que posee los medios de producción y otra clase social que tiene que vender

su tiempo y fuerza de trabajo; esto es, en la sociedad del siglo XX, la clase capitalista y la clase trabajadora.

Pero, en realidad, la dimensión subjetiva de una clase es mucho más complejo, precisamente, porque

El comportamiento de una clase como tal (el de los hombres *en cuanto* miembros de una clase) puede muy bien resultar inexplicable en los términos que podríamos aplicar con toda legitimidad a su comportamiento en cuanto individuos; e incluso que un determinado individuo o una serie de individuos pueden comportarse, *en cuanto* son parte constituyente de una clase, de un modo bien distinto del que podríamos esperar de él (o de ellos) en cuanto individuos. (De Ste Croix, 1988: 65)

Entonces, ¿qué ocurre con las clases en la sociedad capitalista actual?, ¿podemos afirmar que no existe la consciencia de clase en los individuos, en nuestros días? ¿No existe ninguna unión en la clase trabajadora para hacer frente a la clase dominante? Es cierto que no existe un proyecto de lucha de clase entendido como un proyecto común, pero existen pinceladas de organizaciones obreras y luchas comunes. La dimensión de la clase obrera en su forma subjetiva no ha desaparecido drásticamente. Pero, sí que ha sufrido transformaciones. Las dos definiciones marxistas no deben tomarse como contradictorias sino complementarias dentro de un proceso dialéctico, imposible de separar. El obrero migrante podía ser un ejemplo de ello, casi por definición se ve desposeído de desempeñar poder político alguno y en la práctica tiene pocas posibilidades de ejercer los mismos derechos políticos y laborales que un obrero, si definimos las clases sociales, sólo en relación al terreno político los obreros migrantes quedarían fuera de la definición de la lucha de clases.

El tema de las clases sociales es mucho más complejo como nos demuestran Boltanski y Chiapello (2002); el ascenso del nivel de vida de los obreros desde la segunda posguerra del siglo XX, favorece la teoría de la absorción de todas las clases, sobre todo la clase obrera, substituida por la clase media. Los autores defienden que hay un aumento a la no-pertenencia de clase, se fomenta que la gente no se piense en términos de clase, el concepto de clase no es negativo en sí mismo pero sí la pertenencia a ella. ¹⁶ En palabras de Owen Jones (2012) la clase obrera es demonizada, todo lo que tiene que ver con ella es negativo y en donde había orgullo ahora hay rechazo. Mientras que cuando los asalariados se sienten identificados con una, esta es la clase media, un concepto vacío, de difícil definición, que es venerado tanto en la clase dominante como en los dominados ¹⁷ y que dificulta la percepción de la realidad social. “Fueron tan intensas las modificaciones ¹⁸ que incluso se podría afirmar que la *clase-que-vive-del trabajo* presentó la más aguda crisis de este siglo, que afectó no sólo a su *materialidad*, sino que tuvo profundas repercusiones en su *subjetividad*, como también en el íntimo relacionamiento entre estos niveles, afectó su *forma de ser* (Antunes, 2000: 84)”.

¹⁶ Idea que defiende Jones, (data) sobre todo en el caso de Inglaterra, el ataque directo a la clase obrera por parte de Thatcher a los mineros.

¹⁷ Debemos prestar atención a la diferencia de la clase en sí y para sí; muchas veces la percepción que tiene uno mismo de la clase a la cual pertenece y está no se corresponden de manera objetiva. Una de las razones por la que se da dicha percepción errónea es porque mucha gente se percibe en relación al consumo; por eso mismo, no se percibe en relación al trabajo y se percibe como clase media, porque la distinción en la clase se produce en relación al tiempo de ocio y consumo.

¹⁸ Unas modificaciones y transformaciones en el mundo del trabajo, que se dieron en la década de los ochenta en los países del capitalismo avanzado, tanto en la estructura productiva como en las formas de representación sindical y política.

Y la pregunta es ¿por qué se da esta nueva situación? Las transformaciones del capitalismo han contribuido a difuminar la visión de las clases sociales. La crisis de los sindicatos significó la pérdida para mantener las identidades de clase, junto con la individualización de la condiciones de empleo, asociada a numerosas empresas (Boltanski y Chapello, 2002). Además, el fenómeno de la globalización debilita las barreras institucionales y el capital tiene un gran interés por retomar las diferencias étnicas como base de exclusión en el mercado laboral que dificulta la percepción de la pertenencia de clase. Prueba de ello es el vocabulario utilizado (Boltansly y Chapello, 2002) cada vez más en los discursos políticos y en los media, donde no aparece la palabra clase obrera. De hecho, desde el último mandato del Partido Popular en España del 2015, la palabra trabajador se substituye por el de emprendedor. Precisamente para justificar el *trabajo atípico*, según la definición de Vasopollo y Martuffi (2003), que se encuentra en franca expansión Italia y España. El *trabajo atípico* expresa todas las formas de prestación de servicios diferentes al modelo-patrón, es decir, del trabajo efectivo, con garantías formales y contractuales, por tiempo indeterminado y *full-time* ya que la característica fundamental del *trabajo atípico* es la falta o insuficiencia del amparo contractual. En España e Italia el porcentaje de trabajo atípico e “independiente” es superior al 20% del total de empleos, el caso particular de Italia es de casi el 25% contra una media del 15% en el resto de Europa. Las formas de trabajo autónomos están presentes no sólo en el sector terciario sino también en los sectores de agricultura, turismo, en los transportes y en las telecomunicaciones (Antunes, 2006, 7).

Ese cuadro configura una nueva morfología del trabajo: más allá de los asalariados urbanos y rurales que comprenden a los obreros industriales, rurales y de servicios, la sociedad capitalista moderna viene ampliando enormemente el contingente de hombres y mujeres tercerizados, subcontratados, *part-time*, ejerciendo trabajos temporarios, entre tantas otras formas semejantes de informalización del trabajo, que proliferan en todas partes del mundo. (Antunes, 2003: 7-8)

El nuevo capitalismo ha engendrado un mundo difícil de interpretar y en donde parece que las herramientas clásicas son obsoletas. Desde que el modelo neoliberal se impuso al regulacionismo y al Estado de Bienestar; el concepto de trabajador se va diluyendo siendo sustituido por el más implicativo y naturalizado concepto de emprendedor. El hecho es que la realidad social tiende a ser explicada en términos de consumo, siendo usado el concepto de consumidor en el lenguaje cotidiano en lugar de trabajador, dificulta la comprensión de la realidad social a la que hacemos referencia. No obstante, es imposible afirmar que no existe la pertenencia de clase, así como que no existen dos clases antagónicas, porque la clase capitalista sí tiene consciencia; el neoliberalismo es la expresión máxima de la consciencia de clase capitalista que quiere reestructurar las relaciones de poder.

La característica del nuevo panorama es que ni el trabajo asalariado ni el trabajo autónomo pueden ser garantía de salvación de la pobreza. Los trabajadores del último capitalismo son responsables de su acción y de su quehacer social y el trabajo, en muchos casos, ya no es garantía de bienestar o equilibrio ni siquiera de mera supervivencia. Las consecuencias para el trabajador son la incertidumbre, la frustración e incluso la improvisación; en palabras de Richard Sennett (2006) “nada a largo plazo” con toda la carga significativa de la frase. La planificación de futuro se hace imposible, la estabilidad conseguida por la adquisición de un empleo estable desaparece y la construcción de una perspectiva de futuro, de un proyecto, queda aniquilada; la inestabilidad irrumpe en la vida de los seres humanos. “(...) si el trabajo aún es central para la creación de valor, el capital, por su parte, lo hace oscilar, ora reiterando

su sentido de *perennidad*, ora imprimiendo su enorme *súper fluidez*, de la cual son ejemplos los precarizados, flexibilizados, temporarios, más allá, naturalmente, del enorme ejército de desempleados y desempleadas que se esparcen por el mundo (Antunes, 2006: 8).

Con todo ello, aumentan las condiciones de posibilidad de expulsar a los seres humanos fuera del sistema capitalista lo que, aunque pudiese parecer una medida liberadora, no lo es, porque la socialización se desenvuelve dentro de la tiranía del valor capitalista. De hecho, actualmente gran parte de la humanidad considera la imposibilidad de acceso al empleo como algo negativo, pues no dispone de más medio de vida que la venta de su fuerza de trabajo. Hoy en día el trabajo es percibido como un bien escaso, como un bien en sí mismo¹⁹. La división en la clase se articula entre quien “posee” trabajo y quien no lo “posee”; el hecho más importante es tener trabajo bajo cualquier condición. Aquí aparece el consentimiento en el discurso del trabajo: la ausencia de empleos hace que la percepción de los trabajadores en relación a las condiciones del puesto de trabajo sea secundaria y que lo más importante sea el hecho de tener trabajo. El discurso se construye gracias a la obtención del empleo y el consentimiento se mantiene e incluso se interioriza por el miedo a no tener trabajo.

El trabajo es el definidor del ser humano, precisamente por la ausencia de empleo, o porque cuando se tiene no goza de buena salud y, por tanto, el trabajador tampoco. La afirmación de la centralidad del trabajo dentro de la vida social no implica que el trabajo sea un nexo de unión entre el individuo y la sociedad en el sentido positivo de autorealización, pero no desaparece como centro de definición del ser social, como una característica de lo humano.

Pensarse en relación al trabajo se presenta como una hazaña difícil, pero hoy más que nunca se necesita revisar el concepto de trabajo, para poder entender el lugar que ocupa, que se piensa y dice de él; seguramente y con un ejercicio de sinceridad, cuesta desprenderse de lo que es algo tan propiamente humano.

Bibliografía

Antunes, R. (2000), La centralidad del trabajo hoy, *Papeles de Población*, 6 (25), 83-96, Universidad Autónoma del Estado de México, México.

Antunes, R (mayo 2006), El caracol y su concha: ensayo sobre la nueva morfología del trabajo. C. Nieves Ayús. III Conferencia Internacional, La Obra de Carlos Marx y los Desafíos del Siglo XXI. Conferencia llevada a cabo en la Habana, Cuba.

Boltanski L. y Chiapello (2002), *El Nuevo Espíritu del Capitalismo*, Akal, Madrid.

Castillo J. (2015), *La Invasión del Trabajo en la vida*, Catarata, Madrid.

Dalla Costa, M. (1972), *Potere Femminile e Sovversione Sociale*, Marsilio Editori, Venecia.

De Ste. Croix, G.E.M (1988), *La Lucha de Clases en el Mundo Griego Antiguo*, Editorial Crítica, Barcelona.

Díez, F. (2014), *Homo Faber. Historia Intelectual del Trabajo, 1675-1945*, siglo XXI, Madrid.

¹⁹ Utilizó el término un bien en sí mismo porque la ausencia de empleos, hace que cualquier empleo sea visto como una salvación o bendición.

- Godelier, M. (1989), *Lo ideal y lo material: pensamiento, economías, sociedades*, Taurus, Madrid.
- Harvey, D. (2007), *El nuevo Imperialismo*, Akal, Madrid.
- Jones, O. (2012), *Chavs la demonización de la clase obrera*, Capitán Swing, Madrid.
- Llobera, J. (1980), *Hacia una historia de las ciencias sociales. El caso del Materialismo Histórico*, Anagrama, Barcelona.
- Márquez, H. (2010), La gran crisis del capitalismo liberal, *Andamios*, 7 (13), 57-84.
- Marx, K. (2000), *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/brumaire/brum1.htm>.
- Marx, K. y Engels, F. (1975), *Collected Works*, edición inglesa de 50 vols. (Moscú, Londres, Nueva York) vols I-XIV.
- Marx, K. (1859), *La Contribución a la Critica de la Economía Política*, editorial Progreso, Moscú.
- Piqueras, A. (2007), *Capital, migraciones e identidades*, Universitat Jaume I, Castelló de la Plana.
- Piqueras, A. (2014), *La opción reformista: entre el despotismo y la revolución. Una explicación del capitalismo histórico a través de la lucha de clases*, Anthropos Editorial, Barcelona.
- Piqueras, A. (2015), *Capitalismo Mutante. Crisis y lucha social en un sistema en degeneración*, Icaria Editorial, Barcelona.
- Piqueras, A. (2008), Entrevista al sociólogo Andrés Piqueras (en línea) <http://www.observatoriodelacrisis.org/2008/12/entrevista-al-sociologo-andres-piqueras-la-crisis-acentuara-la-proletarizacion-a-escala-mundial/> acceso 8 de diciembre 2008.
- Rabillotta, A. (2011) El gran problema estructural del capitalismo (en línea) <http://elpolvorin.over-blog.es/article-el-gran-problema-estructural-del-capitalismo-84564063.html>, acceso 18 de septiembre 2011.
- Sennet, R. (2006), *La Cultura del Nuevo Capitalismo*, Anagrama, Barcelona.
- Vasopollo, L. y Martufi, R. “Lavoro Atipico, Lavoro che Cambia, come Lavore?”, Revista *Proteo* 2-3, speciale, maio/dezembro 2003, Cestes, Roma.

